

## Preludio

Hace ya muchos años que uno de mis maestros de la Medicina me enseñó la importancia que tenía aprender de los alumnos si se pretendía ser un buen profesor. Reconozco que mis primeras reacciones fueron de escepticismo e incredulidad. Pero lo estaba diciendo un sabio nada desdeñable y, sobre todo, una persona muy rica en humanidad, buen conocedor del corazón del hombre.

Pasaron los años, dejé los quirófanos y fui ordenado sacerdote por Juan Pablo II en Valencia, durante su viaje a España de 1982. Poco tiempo después comencé a trabajar en la Universidad de Navarra. En las tareas docentes que me fueron encomendadas tuve que desempolvar el consejo de mi viejo profesor, que ha supuesto una clave importante para explicar la implicación de los alumnos en las clases y seminarios que he ido impartiendo a lo largo de estos años.

Este libro se gestó así. En concreto, en el curso 2002-2003, mientras explicaba «Teoría de la Cultura» en la Facultad de Medicina. Algunos alumnos manifestaron su sincero interés por entender las razones que podía tener una persona para vivir el celibato, sobre todo si transmitía en sus explicaciones una visión tan positiva y realista de la sexualidad humana. Les escribí cinco folios y me los devolvieron con veintisiete preguntas e interpelaciones personales, que los ajetreos de los exámenes finales me impidieron contestar.

Poco después, ya entrado el verano, tuve la oportunidad de explicar un curso de teología sobre el matrimonio en la sierra de Madrid. Uno de los temas era sobre «Matrimonio y celibato». Llovieron las preguntas. Y los ocho folios iniciales que había escrito –en parte deudores de mis alumnos de Medicina– terminaron en diecinueve, después de tomarlas en consideración e incorporar al tema las respuestas. Esta vez ya estaba en Pamplona, así que fueron los alumnos, alumnas y profesores de la Universidad los que pudieron plantear todo tipo de cuestiones a lo largo del curso, algunas de ellas francamente insidiosas. Fiel al consejo de mi maestro, me dispuse para el trabajo final.

Agradezco sinceramente a las personas que han leído las distintas versiones que no se hayan conformado con las primeras respuestas recibidas. Agradezco que no hayan confundido la delicadeza en su interrogatorio con la falta de claridad. Agradezco su incisividad, a veces desgarradora, pero siempre afectuosa. Son casi medio centenar, hombres y mujeres, estudiantes y profesionales jóvenes, creyentes y descreídos. Resulta imposible nombrarlos y pienso que tampoco les gustaría. Disfrutarán más al leer estas páginas y reconocerse en un párrafo, en un argumento, en una idea que han generado con su inestimable colaboración. No olvidéis, si os gusta el libro, que son una especie de co-autores anónimos y estimulantes, que no han tenido miedo a decir lo que pensaban, porque aman y buscan la verdad.

Debo un agradecimiento singular a los profesores de la Universidad de Navarra José Luis Illanes y Jorge Miras, que han tenido la paciencia de leer estas páginas en medio de sus innumerables ocupaciones, para hacerme notar los aspectos manifiestamente mejorables. Sin su afectuosa incisividad estas páginas serían distintas. No les he hecho caso en todo, la verdad, y me temo que esa será la explicación de los aspectos defectuosos que se puedan encontrar.

Finalmente, una confianza personal, llena de entrañable y profunda gratitud. Cada uno tenemos nuestra historia, pero todos

somos deudores de las personas que han enriquecido nuestras vidas. Al descubrirlo con el paso del tiempo, brota un cariño deseoso de mostrar agradecimiento al percibir los dones recibidos, porque han transformado nuestra existencia. Esto es lo que me sucede con Josemaría Escrivá de Balaguer que, hasta ahora, es la única persona que he conocido que está en los altares. La simple referencia bibliográfica que hago en algunas ocasiones me parece que resulta pobre para manifestarlo. Sobre todo, presenta una seria dificultad pues, en el empeño feliz de encarnar ese modo de ser en la propia existencia, siempre desde la singularidad personal, es difícil distinguir entre la fuente y la vida propia. Así que, por decirlo de alguna manera, serán ideas mías las que él no hubiera reconocido como suyas en estas páginas.

Confío en que todo esto pueda servir de algo y ayude a mucha gente.

A tantas personas que alguna vez en la vida se han planteado, como yo y mis colaboradores, estas preguntas.

A quienes han experimentado una llamada de Dios a entregarle la vida entera sin compartirla con otra persona para formar una familia, y han respondido con un sí impregnado de alegría y temor a la vez. Para que sean conscientes de la suerte que tienen y aprendan a manejarse en medio de las luces y sombras que acompañan a toda existencia humana.

A quienes Dios ha llamado al matrimonio y, entregando también su vida entera a Dios compartiéndola plenamente con otro o con otra, se han lanzado a la apasionante aventura de alumbrar una familia y abrir un lugar en el mundo donde Él continúa la Creación. Y si están bautizados y han celebrado el sacramento, aceptando a la vez la tarea de ser imagen visible del amor fiel de Cristo por la Iglesia. Para que unos y otros sean conscientes de la grandeza de su misión.

A quienes se esfuerzan por estar en condiciones de experimentar la llamada de Dios por uno u otro camino. Para que tengan

una especie de mapa del territorio en donde se mueven, aunque sean cada una y cada uno quienes tienen que construir la propia senda.

A los padres y madres de todas las personas que han tenido y tendrán la inmensa suerte y el gozo profundo de experimentar el amor de Dios que les pide la vida entera para compartirla sólo con Él. Para que sepan darle gracias cada día y no dejen de rezar nunca para que sus hijos sean fieles a esa llamada.

Y también a tantos padres cristianos cuyos hijos e hijas han recibido, como ellos, la tarea de mostrar al mundo con sus vidas cómo es ese amor de Dios, fiel y exclusivo. Para que no se cansen de ir por delante, abriendo camino.